

**Landesbibliothek Oldenburg**

**Digitalisierung von Drucken**

**Vida Y Hechos Del Ingenioso Hidalgo Don Quixote De La Mancha**

En Quatro Tomos

**Cervantes Saavedra, Miguel de**

**Londres, 1738**

Capitulo XXI. Donde se profiguen las bodas de Camacho, con otros gustofos sucessos.

**urn:nbn:de:gbv:45:1-1659**

pito en la mano, è irte por effe mundo predicàndo lindezas. Bien predica quien bien vive, respondiò Sancho, y yo no sè otras Theologias. Ni las hàs menestèr, dixo Don Quixote; pero yo no acabo de entendèr, ni alcançàr, como, fièndo el principio de la sabiduria el temor de Dios, tu que temes mas à un lagarto, que à el, sabes tanto? Juzgue vueffà mercèd, Señor, de fus Cavallerias, respondiò Sancho, y no se meta à juzgàr de los temores, ô valentias ajenas; que tan gentil temeròso foy yo de Dios como cada hijo de vezino: Y dèxeme vueffà mercèd despavilàr esta espùma, que lo demàs todas son palabras ociosas de que nos hàn de pedir cuenta en la otra vida: Y dizièndo esto, començò de nuèvo à dár assalto à su caldèro con tan buenos alientos, que despertò los de Don Quixote, y sin duda le ayudàra, fino lo impidièra lo que es fuerça se diga adelante.

## C A P I T U L O XXI.

*Donde se prosiguen las bodas de Camacho, con otros gustosos sucessos.*

QUANDO estàvan Don Quixote, y Sancho Pança en las razones referidas en el capitulo antecedente, se oyèron grandes voces, y gran ruýdo; y dàvanlas, y causàvanle los de las yeguas, que con larga carrera y grita ivàn à recibir à los nòvios, que rodeados de mil generos de instrumentos, y de invenciones venian acompañados del cura, y de la parentela de entrambos, y de toda la gente mas luzida, de los lugares circunvezinos, todos vestidos de fiesta.



fiesta. Y como Sancho viò à la nòvia, dixo: A buena Fè que no viène vestida de labradòra, sino de garrida palacièga: Par diez, que segun diviso, que las patenas que avia de traèr, son ricos corales, y la palmilla verde de cuenca es terciopelo de treynta pelos. Y montas, que la Guarnicion es de tiras de lienço blanco? Voto à mi que es de rafo. Pues tomàdme, las manos adornadas con fortijas de azavache; no medre yo, sino son anillos de oro, y muy de oro, y empedràdos con perlas blancas como una quaxada, que cada una deve de valer un ojo de la cara. O hideputa, y que cabellos, que sino son postizos, no los he visto mas luengos, ni mas rùbios en toda mi vida! No sino ponèdla tacha en el brio, y en el talle, y no la comparèys à una palma, que se mueve, cargada de razimos de dàtiles; que lo mesmo parecen los dixes que tràe pendientes de los cabellos, y de la garganta. Juro en mi anima, que ella es una chapada moça, y que puede passàr por los bancos de Flandes. Riòse Don Quixote de las rusticas alabanças de Sancho Pança. Pareciòle, que fuera de su Señora Dulcinèa del Tobòso no avia visto muger mas hermosa jamas. Venia la hermosa Quiteria algo descolorida, y devia de sèr de la mala noche, que siempre passan las nòvias en componèrse para el dia venidèro de sus bodas. Ivanse acercàndo à un teatro, que à un lado del prado estàva adornàdo de alfombras, y ramos, adonde se avian de hazèr los desposorios, y de donde avian de miràr las danças y las invenciones: Y à la fazon que llegàvan al puesto, oyèron à sus espaldas grandes voces, y una que dezia: Esperàos un poco, gente tan inconsideràda, como prefuròsa. A cuyas  
vozes,

vozes, y palabras todos bolviéron la cabèça, y viéron que las dava un hombre vestido, al parecèr, de un fayo negro, gironàdo de carmesí à llamas. Venìa coronàdo, (como se viò luego) con una corona de funesto Cyprés: En las manos traìa un baston grande: En llegàndo mas cerca fuè conocido de todos por el gallàrdo Basilio, y todos estuviéron suspensos, esperàndo en que avian de paràr sus vozes, y sus palabras, temièndo algun mal suceffo de su venida en fazon semejante. Llegò en fin cansàdo, y sin aliento, y pueffto delante de los desposàdos, hincàndo el baston en el suelo, que tenìa el cuento de una punta de azero; mudada la color, puefftos los ojos en Quiteria, con voz tremenda y ronca estas razones dixo:

BIEN sabes, desconocida Quiteria, que conforme à la santa ley que profesàmos, que vivièndo yo, tu no puedes tomàr espòso; y juntamènte no ignoras, que por esperar yo, que el tiempo, y mi diligencia mejoràssen los bienes de mi fortuna, no he querido dexàr de guardàr el decoro, que à tu honra convenìa: Pero tu, echàndo à las espaldas todas las obligaciònes que debes à mi buen desseo, quières hazèr Señor de lo que es mio à otro, cuyas riquezas le firven no solo de buena fortuna, sino de bonissima ventura; y para que la tenga colmada (y no como yo pienso que la merèce, sino como se la quieren dàr los Cielos) yo por mis manos desharè el imposible, ó el inconveniente que puede estorvàrsela, quitàndome à mi de por medio. Viva, viva el Rico Camacho con la ingrata Quiteria largos y felices figlos; y muera, muera el pobre Basilio, cuya pobreza cortò las alas de su dicha, y le puso en  
la

la sepultura. Y diziendo esto asió del baston que tenía hincado en el suelo, y quedándose la mitad del en la tierra, mostró que servía de vaina à un mediano estoque, que en él se ocultava; y puesta la que se podía llamar empuñadura en el suelo, con ligero desenfado, y determinado proposito se arrojò sobre él, y en un punto mostró la punta sangrienta à las espaldas con la mitad de la azorada cuchilla, quedando el triste bañado en su sangre, y tendido en el suelo, de sus mismas armas traspasado.

ACUDIÈRON luego sus amigos à favorecerle condolidos de su miseria, y lastimosa desgracia; y dexando Don Quixote à Rozinante, acudiò à favorecerle, y le tomó en sus brazos, y hallò que aun no avia espirado. Quisieronle sacàr el estoque, pero el Cura que estava presente, fuè de parecer, que no se le sacàssen antes de confesarle; porque el sacarse, y el espirar, sería todo à un tiempo. Pero bolviendo un poco en sí Basilio, con voz doliente, y desmayada dixo: Si quisieses, cruel Quiteria, darme en este, ultimo y forzoso trance la mano de esposa, aun pensaria que mi temeridad tendria disculpa, pues en ella alcancè el bien de ser tuyo. El Cura oyendo lo qual, le dixo, que atendiesse à la salud del alma antes que à los gustos del cuerpo; y que pidiessè muy de veras à Dios perdon de sus pecados, y de su desesperada determinacion. A lo qual replicò Basilio, que en ninguna manera se confesaria, si primero Quiteria no le dava la mano de ser su esposa; que aquel contento le adobaria la voluntad, y le daria aliento para confesarse. En oyendo Don Quixote la peticion del herido, en altas voces dixo, que Basilio pedia una cosa muy justa,

y

LANDES-  
BIBLIOTHEK  
OLDENBURG





*Jn: Vanderbank inv: et Delin.*  
*Vol. 3. p. 193.*

*Ger: Vanderfucht sculp.*  
35



y puesta en razon, y à demàs muy hazedèra, y que el Señor Camacho quedaria tan honràdo recièndo à la Señora Quiteria viuda del valeròso Basilio, como si la recièra del lado de su padre. Aqui no hà de avèr mas de un si, que no tenga otro efecto que el pronunciàrle, pues el Tàlamo destas bodas hà de sèr la sepultura. Todo lo oyà Camacho, y todo le tenia suspenso, y confuso sin sabèr que hazèr, ni que dezir; pero las voces de los amigos de Basilio fuèron tantas, pidièndole que consintieffe que Quiteria le dièffe la mano de espòsa, porque su alma no se perdièffe partièndo desesperado desta vida, que le movieron, y aun forçaron à dezir, que si Quiteria queria dàrsela, que el se contentava, pues todo era dilatar por un momento el cumplimiento de sus deseos. Luego acudieron todos à Quiteria, y unos con ruègos, y otros con làgrimas, y otros con eficaces razones la persuadièron que dièffe la mano al pobre Basilio; y ella mas dura que un marmol, y mas fèga que una estàtua, mostrava que ni sabia, ni podia, ni queria responder palabra; ni la respondièra, si el Cura no la dixèra, que se determinasse presto en lo que avia de hazèr, porque tenia Basilio yà el alma en los dientes, y no dava lugar à esperàr inresolutas determinaciones. Entonces la hermosa Quiteria, sin responder palabra alguna, turbada, al parecer, triste, y pesarosa, llegò donde Basilio estava, yà los ojos bueltos, el aliento corto, y apresurado, murmurando entre los dientes el nombre de Quiteria, dando muestras de morir como gentil, y no como Christiano. Llegò en fin Quiteria, y puesta de rodillas le pidió la mano por Señas, y no por palabras. Desencajò los ojos Basilio, y



miràndola atentamènte le dixo: O Quiteria, que has venido à fer piadosa à tiempo, quando tu piedad ha de servir de cuchillo, que me acabe de quitàr la vida, pues yà no tengo fuerças para llevàr la gloria que me das en escogermè por tuyo, ni para suspènder el dolor, que tan apriessà me va cubrièndo los ojos con la espantosa sombra de la muerte: Lo que te suplico es, (ò fatal estrella mia) que la mano que me pides, y quières darme, no sea por cumplimiento, ni para engañarme de nuèvo, fino que confièsses, y digas, que sin hazèr fuerça à tu voluntad me la entrègas, y me la das como à tu legitimo espòso; pues no es razon, que en un trance como este me engañes, ni uses de fingimientos con quien tantas verdades ha tratàdo contigo. Entre estas razones se desmayava de modo, que todos los presentes pensavan, que cada desmayo se avia de llevàr el alma consigo. Quiteria toda honesta, y toda vergonzosa affièndo con su derecha mano la de Basilio, le dixo: Ninguna fuerça fuèra bastante à torcèr mi voluntad; y affi con la mäs libre que tengo, te doy la mano de legitima espòsa, y recibo la tuya, si es que me la das de tu libre alvedrio, sin que la turbe, ni contraste la calamidad en que tu discurso acelerado te hà puesto. Si doy, respondiò Basilio, no turbado, ni confuso, fino con el claro entendimientò que el Cielo quiso darme; y affi me doy, y me entrego por tu espòso. Y yo por tu espòsa, respondiò Quiteria, ora vivas largos años, ora te lleven de mis braços à la sepultura. Para estàr tan herido este mancebo, dixo à este punto Sancho Pança, mucho habla: Haganle que se dexè de requiebros, y que atiènda à su alma; que à mi  
pare-

parecèr mas la tiene en la lengua, que en los dientes. Estàndo, pues, asidos de las manos Basilio, y Quiteria, el Cura tierno, y lloroso los echò la bendicion, y pidiò al cielo dièsse buen poso al alma del nuevo desposado; el qual assi como recibì la bendicion, con presta ligerèza se levantò en pie, y con no vista desemboltura se facò el estoque à quièn fervia de vayna su cuerpo. Quedaron todos los circunstantes admirados, y algunos dellos mas simples que curiosos en altas voces començaron à dezir: milagro, milagro! Pero Basilio replicò, no milagro, milagro, sino industria, industria. El Cura desatentado, y atònito acudiò con ambas manos à tentàr la herida, y hallò, que la cuchilla avia pasado, no por la carne, y costillas de Basilio, sino por un cañon hueco de hierro, que lleno de sangre en aquel lugar bien acomodado tenia, preparada la sangre (segun despues se supo) de modo, que no se elàsse. Finalmente el Cura, y Camacho con todos los mas circunstantes se tuvieron por burlados, y escarnidos. La esposa no diò muestras de pesarle de la burla, antes oyendo dezir, que aquel casamiento por avèr sido engañoso, no avia de ser valedero, dixo, que ella lo confirmava de nuevo; de lo qual coligièron todos, que de consentimiento, y sabiduria de los dos se avia trazado aquel caso, de lo que quedò Camacho, y sus valedores tan corridos, que remitièron su vengança à las manos; y desenvaynando muchas espadas, arremetièron à Basilio, en cuyo favor en un instante se desenvaynaron casi otras tantas; y tomando la delantera à Cavallo Don Quixote con su lança sobre el braço, y bien cubierto de su escudo, se hazia dàr lugar de todos. San-



cho, à quien jamas pluguièron, ni solazàron femejantes fe-  
churías, se acogió à las tinajas de donde avia sacado su  
agradable espùma, parecièndole aquel lugar como sagrado,  
que avia de sèr tenido en respeto. Don Quixote à gran-  
des voces dezìa: Tenèos, Señores, tenèos; que no es ra-  
zon tomèys vengança de los agravios que el amor os ha-  
ze; y advertid, que el amor, y la guerra son una misma  
cosa; y assi como en la guerra es cosa lícita, y acostum-  
brada, usàr de ardides, y estratagemas para vencèr al ene-  
migo, assi en las contiendas, y competencias amoròsas se  
tienen por buenos los embustes, y marañas que se hazen  
para conseguir el fin que se deseà, como no sèan en me-  
noscàbo, y Deshonra de la cosa amada. Quiteria era de  
Basilio, y Basilio de Quiteria por justa y favorable disposi-  
cion de los cielos. Camacho es rico, y podrà comprar su  
gusto quando, donde, y como quisiere. Basilio no tiene  
mas desta oveja, y no se la ha de quitar alguno por pode-  
roso que sea; que à los dos qué Dios junta, no podrà se-  
paràr el hombre: Y el que lo intentàre, primero hà de  
pàsàr por la punta desta lança: Y en esto la blandió tan  
fuerte, y tan diestramènte, que puso pavor en todos los que  
no le conocian: Pero tan intensamènte se fixò en la imagi-  
nacion de Camacho el desden de Quiteria, que se la borrò  
de la memoria en un instante; y assi tuvièron lugar con el  
las persuasiònes del Cura (que era varon prudente, y bien  
intencionado) con las cuales quedò Camacho, y los de su  
parcialidad pacíficos, y sossegados; en señal de lo qual bol-  
vièron las espadas à sus lugares, culpando mas la facilidad  
de Quiteria, que la industria de Basilio: Haziendo discursos  
fo

fo Camacho, que si Quiteria queria bien à Basilio donzella, tambien le quifièra casada; y que devìa de dár gracias al Cielo, mas por avèrfela quitado, que por avèrfela dado. Consolado, pues, y pacífico Camacho, y los de su mesnada, todos los de la de Basilio se foflegaron; y el rico Camacho por mostràr que no sentìa la burla, ni la estimava en nada, quiso que las fiestas pasàssen adelante, como si realmente se desposàra: Pero no quifièron assistir à ellas Basilio, ni su esposa, ni sequazes; y assi se fuèron à la aldea de Basilio (que tambien los pobres virtuosos, y discretos tiènèn quien los siga, honre, y ampàre, como los ricos tiènèn quien los lifongèe y acompañe.) Llevàronse consigo à Don Quixote, estimàndole por hombre de valor, y de pelo en pecho. A solo Sancho se le escureciò el alma por vèrse impossibilitado de aguardàr la esplèndida comida, y fiestas de Camacho, que duraron hasta la noche; y assi asfendereado y triste figuiò à su Señor, que con la quadrilla de Basilio iba; y assi se dexò atràs las ollas de Egipto, aunque las llevava en el alma, cuya yà casi consumida, y acabada espùma, que en el caldero llevava, le representava la gloria, y la abundancia del bien que perdìa; y assi congoxado y pensativo, aunque sin hambre, sin apeàrse del Ruzio figuiò las huellas de Rozinante.

C A P I -

